

CLACSO
#20

RED DE POSGRADOS DOCUMENTOS DE TRABAJO

De fríos y calores maternos: apuntes de un replanteamiento de la investigación

Vanesa Giraldo Gartner*

2012

Giraldo Gartner, Vanesa

De fríos y calores maternos : apuntes de un replanteamiento de la investigación . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2013. - (Red CLACSO de posgrados / Pablo Gentili)

E-Book.

ISBN 978-987-1891-35-1

1. Epistemología. 2. Antropología. I. Título

CDD 306

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

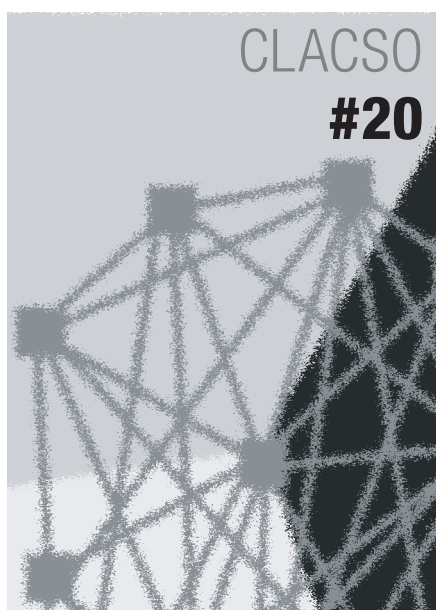
Secretario Ejecutivo: Emir Sader

Red CLACSO de Posgrados en Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX | Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

clacsoinst@clacso.edu.ar | www.clacso.org



Coordinación:

Pablo Gentili

Fernanda Saforcada

Asistencia académica:

Anahí Sverdloff

Denis Rojas

Este trabajo es resultado de la realización del seminario virtual CLACSO titulado “Epistemologías críticas y metodologías de investigación: tópicos teóricos y prácticos”, coordinado por el Profesor Carlos Figari.

* Antropóloga. Candidata a magister en Salud Pública. Investigadora. Grupo de investigación Desarrollo Humano. Universidad de Caldas. Colombia.

Las opiniones vertidas en este documento son exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente expresan la posición de CLACSO.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Red de Posgrados

ISBN 978-987-xxxx-xx

Patrocinado por



Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



Resumen

Este artículo presenta el replanteamiento de una pregunta de investigación que abandona la indagación disciplinada del cuidado durante la gestación y puerperio de mujeres campesinas del eje cafetero colombiano y se reorienta, en virtud de los relatos de las mujeres y las experiencias de la investigadora, hacia el reconocimiento del universo de cuidado en el cual transcurre la maternidad en esta región, determinado por el frágil equilibrio entre lo *frío* y lo *caliente* del cuerpo de la madre y la agencia de las plantas y otros elementos del medio ambiente para intervenir en dicho equilibrio. Finalmente, el texto propone que la exploración de saberes “otros” que coexisten con el saber biomédico y componen formas particulares de la salud materna, obliga a establecer un diálogo horizontal de los modos de entender el bienestar, la enfermedad y la vida.

Descriptor temático: gestación, puerperio, mujeres campesinas, medio ambiente, salud

Descriptor geográfico: Colombia, Caldas, Palestina.

Una investigación disciplinada

El trabajo con mujeres campesinas inició con mi proyecto de tesis de maestría en Salud Pública, cuyo objetivo principal era describir y analizar el proceso de cuidado en la gestación, parto y puerperio de mujeres campesinas en el municipio de Palestina, Caldas, Colombia. Mi interés era conocer las opciones de cuidado a las cuales recurrían las madres campesinas en un municipio cuyo hospital atraviesa una grave crisis financiera, que no es ajena a las dramáticas condiciones de la red pública hospitalaria de todo el país. Subyacía en ello el supuesto según el cual la insuficiente infraestructura básica de atención en salud materno-infantil y sus componentes y el consecuente detrimento de la atención profesional fortalecía lo que en principio llamé “otras medicinas”. La estrategia metodológica consistía en emplear técnicas de tipo cuantitativo para realizar una caracterización inicial de las mujeres gestantes o que lo habían estado en los últimos 5 años en términos de edad, fecundidad, acceso a los servicios de salud y atención que reciben en el hospital y los centros de salud asociados, posteriormente, se llevarían a cabo una serie de entrevistas que recogieran sus narrativas de maternidad y a través de ellas dar cuenta de sus “prácticas de cuidado” durante la gestación, parto y puerperio. Esto lo propuse tal como se presenta la metodología de una investigación disciplinada, estableciendo una separación, implícita pero indefectible, entre investigadora e investigadas,

pensando a “la otra” desde el pensamiento abismal moderno (de Sousa Santos 2009), con los lentes a veces graciosos de la academia que desconoce la infinidad de modos de ver. Interesada en aquellos conocimientos que la ciencia clasifica desde la absoluta ignorancia como creencia y luego compara, porque no hay otra cosa que pueda hacer mientras no relativice su trono de la verdad.

Salvo algunas incomprensiones y displicencias de los más inclinados hacia la epidemiología, la propuesta tuvo eco en quienes se declaraban salubristas comprometidas/os con la salud de las mujeres. De investigaciones como ésta se valora la descripción que hacen de las poblaciones para luego hacer adaptaciones a las políticas en salud pública, reorientar la prestación de servicios de salud y diseñar estrategias de educación. Y es allí, en el marco de una maestría de Salud Pública en donde se aprueba e inicia este proyecto.

El campo

Llegué a Palestina una mañana humedecida por la lluvia nocturna. El olor a tierra y a granos de café maduros inundaban el viento que paseaba lento entre los árboles, mientras el sol tímido, pero radiante, dibujaba la silueta del paisaje montañoso, el camino polvoriento y en mal estado, los techos rojizos de las casas de bahareque y los machetes de quienes reciben el día trabajando entre arbustos. Antes de los primeros rayos de luz todas, todos ya soportan el trajín de la jornada diaria, en este lugar la vida de las mujeres transcurre entre el trabajo agrícola por las trochas cálidas del cafetal y el cuidado de sus hijas/os y familiares. Se trata de una sociedad en la que la amabilidad y la actitud aguerrida frente a la vida se conjugan en el trabajo cotidiano.

Palestina es un municipio pequeño del centro-occidente de Colombia, 17.305 habitantes para el 2005, mayoritariamente rural, con extensos cultivos de café que ocupan el 70% de la población en actividades relacionadas. Durante la cosecha, esta zona se convierte en receptora de personas provenientes de todos los lugares del país, que se emplean durante la temporada como recolectoras/es y van migrando hacia otras regiones en la medida en que disminuye la producción de café. Debido a las crisis históricas por las que ha atravesado el grano, las economías domésticas se complementan con el trabajo en cultivos como plátano, banano, tomate y aguacate.

Afrontando la ansiedad de los primeros encuentros conocí a Sandra, una mujer de 32 años que se encargaba del aseo y la cocina en el lugar en el que me hospedaba. Sorprendida por mis intereses, carentes de utilidad para ella como para la mayoría de personas que conocí después, me contó sobre su vida y sus hijos. Con la actitud firme que caracteriza a las mujeres de esta zona, ella y Marcela, la asistente de don Eugenio, me presentaron amigas, familiares y conocidas que pronto empecé a relacionar en una red estrecha que las conectaba casi a todas. Entre sobrinas, cuñadas, hermanas, comadres y primas me enredé en los hilos de ese tejido social.

Las primeras visitas de campo transcurrieron con la rigidez torpe de querer cumplir con las encuestas y las entrevistas propuestas en el proyecto – “Señora, usted cuántos años tiene, cuántos hijos, está afiliada al sistema de salud, qué carné tiene”, que no era otra cosa distinta a “señora permítame yo la pongo en una de mis casillas porque las suyas no me interesan”, en una casilla similar a las del edafocomparador que describe Latour (2001). Esa era la primera tarea, de aquella selva, aún incomprensible de vidas y comportamientos, yo debía salir con una clasificación de las mujeres que vivían allí. Y eso hice, una tabla, de la que no dudo su utilidad para entender ciertos aspectos de la comunidad que luego pueden derivar en una mejor adaptación de los servicios de salud, pero que me importaban a mi, no a ellas. Lo que realmente era importante

para ellas no tenía espacio en mis casillas, en mis preguntas no había lugar para sus respuestas.

Desde la primera temporada en Palestina la barrera que había erigido con prepotencia empezaba a franquearse, los saludos, los abrazos, las palabras, las sonrisas iban susurrándome otro caminos que inicialmente ignoré. Me propuse terminar las encuestas y empecé con las entrevistas “semi-estructuradas”, mientras yo me esforzaba por no desestructurarme con las historias en las que ellas intentaban involucrarme. En la tercera visita la barrera se hizo insostenible, ya no era la señora de 54 años, tres hijos y afiliada al régimen subsidiado, era doña Sonia que se alegraba de verme, que me tomaba de la mano y me llevaba al interior de su casa para enseñarme las fotografías del último nieto que había nacido, era doña Marta que me trataba como si fuese su hija mientras corría de un lado a otro para servir el almuerzo a más de 30 trabajadores que le permitirían pagar los gastos de sus 5 hijos y dos nietos, era Olguita que me preparaba arepas con el mismo sabor de las que yo recordaba comer de niña y me hablaba de lo mucho que extrañaba sus hijos. Y empecé a permitirme encontrar los matices que ellas señalaban en sus experiencias de maternidad, desarmando la estructura rígida de mis preguntas que acabaría desarmando la relación que inicialmente quise establecer con ellas, la relación no relación, la relación unilateral que poco o nada tenía de solidaria. Iniciaron dos procesos, aún inacabados, el primero fue aprender a escucharlas desde el lugar en el que ellas me hablaban, su propio cuidado y el de sus hijas/os está relacionado con su forma de trabajo que implica determinado estatus social. El segundo, fue acercarme al proceso de cuidado durante las tres etapas mencionadas de la maternidad con una perspectiva renovada en la que yo y ellas, nosotras, interactuábamos desde la horizontalidad de saberes.

En esta sociedad existe una jerarquía, no explícita, pero que se reitera permanentemente en los comentarios y las actitudes de unas mujeres hacia otras. Primero están aquellas que se dedican, de manera casi exclusiva, a las labores domésticas, atendiendo a sus hijas/os, su compañero y familiares. Durante la gestación y el puerperio ellas suelen ser atendidas en su casa por alguna mujer mayor, lo que supone un cuidado ininterrumpido hasta recuperarse por completo. En segundo orden están quienes viven y trabajan en los *alimentaderos*, lugares en los que se ocupan de la manutención de las trabajadoras y trabajadores provenientes de otras zonas del país que llegan a la zona en época de cosecha o en otras épocas del año para emplearse temporalmente en alguna labor relacionada con el cultivo de café. En un *alimentadero* pueden comer y hospedarse hasta 90 personas que son atendidas por una sola familia encabezada por una pareja de esposos en la que la mujer se encarga de todos los oficios relacionados con el desayuno, almuerzo y cena, que incluyen preparación, repartición y limpieza, ayudada por sus hijas mayores, y el hombre controla el trabajo de estas personas en el cafetal distribuyendo el personal en los cultivos, vigilando la recolección del grano y pesando lo que se recogió al final de la tarde para hacer los pagos. Los quehaceres en los *alimentaderos* dan poca tregua para los cuidados relativos a la maternidad, algunas veces son ayudadas por una familiar sin que ello signifique la posibilidad de tomar reposo en algún momento.

Si bien el trabajo en los *alimentaderos* se reconoce como desgastante, las mujeres que deben salir de sus viviendas a buscar empleo, parecen tener una consideración social menor, pues esto supone, por un lado, que la familia no tiene la posibilidad económica de manutención para evitar que salgan a buscar trabajo exponiéndose a las habladurías en el campo y, por otro, la ausencia de un hombre que se haga cargo de ellas y sus hijas/os. A esta categoría pertenecen quienes se emplean en una finca de la región, bien sea en labores domésticas o agrícolas, quienes prestan algún servicio en el pueblo y quienes

van a las ciudades a trabajar en “casas de familia” cumpliendo oficios de limpieza. Claramente, el estatus de las mujeres que salen a trabajar varía según el trabajo que tengan, además esta condición es menos reproachable en el casco urbano. Aquellas que trabajan de esta manera no sólo no tienen tiempo para cuidar su embarazo y recuperarse después, sino que con frecuencia mienten a sus jefes sobre el embarazo para no perder el empleo.

Y como último escalón en esta pirámide, están las recolectoras que viajan por el país al ritmo de las cosechas, algunas veces en grupos de amigas/os y parientes y otras en compañía de su pareja con quien establecen una relación rotundamente autoritaria en la que ellas son pertenecidas por él, no sólo las decisiones sobre los destinos para trabajar en los cultivos, las rutas que se toman para viajar y el manejo del dinero, sino también su comportamiento y sus palabras suelen pasar por el filtro de la aceptación o rechazo masculino. Con ellas es difícil hablar si no es en presencia de “aquel”, que es la manera en la que lo refieren, así que sólo fueron posibles encuentros muy cortos que bastaban para estremecerse con la opresión que se encarna en sus gestos, en su mirada que hace recorridos tímidos bajo la inspección implacable de quien las acompaña. Pocas veces las recolectoras, o chapoleras, dedican algún espacio para su cuidado durante la gestación, parto o puerperio, lo que para algunas significa secuelas permanentes en su bienestar, como dolores de cabeza o debilidad.

Replantear la mirada

La interacción con ellas en los espacios cotidianos de trabajo y de descanso hizo posible un esclarecimiento preliminar de sus posicionamientos para entender los lugares desde los cuales ellas contestaban la encuesta o la entrevista, desde los cuales narraban sus experiencias. Se hizo indispensable, incluso inevitable, sensibilizarme para apreciar los tejidos particulares de las hebras que componían sus biografías y las vivencias de sí mismas (Bonder 1998). En ese momento inició un dilema entre el cumplimiento estricto de los objetivos planteados en el proyecto de investigación y la posibilidad maravillosa que se abrió para mí como mujer caldense, y no sólo como investigadora, de aprender de estas voces marginadas y pensarme a mí misma en el encuentro con ellas, disyuntiva que se resolvió al inicio del seminario “epistemologías críticas y metodología de la investigación cualitativa” y el problema de investigación se reformuló en los términos de uno de los rasgos que Harding (1987) señala como propios de una investigación feminista, partir de la perspectiva de las experiencias femeninas y tomar estas experiencias como indicador significativo de la realidad y esto suponía también reconocer cómo se conforma mi propia mirada. Dejó de ser planteado como un problema del mundo real que yo pretendía solucionar, para reconocerlo como mi propia necesidad (Haber 2011).

Estas decisiones-cuestionamientos me condujeron a entender desde mi propia trayectoria de vida por qué había llegado allí. Pasé parte de mi infancia caminando en los cafetales verdes y olorosos, recogiendo granos de café por golosinas, entre el agua de panela humeante sobre los fogones de leña y viví en una familia compuesta únicamente por mujeres, en la que la maternidad se ha señalado siempre como bastión de fortaleza. Representar el problema de investigación como si no me afectara, más allá de mi lugar artificioso de conocedora, se hizo cada vez más insulso, este proyecto se había tornado explícitamente en un pretexto para pensarme, y así, poner en escena mi subjetividad en la investigación (Haraway 1991), (Figari, 2011a), no como una apuesta que solucionara alguna tensión con las pretensiones de objetividad que la formulación inicial del proyecto implicaba, sino como una condición para continuar.

Es decir, la puesta en escena de mi subjetividad no respondía a una convicción académica, sino a una exigencia personal.

Aquella sensación de cercanía con las mujeres que conocí en este lugar la resumió en un encuentro Doña Lucia. Era tal vez la sexta temporada de campo, tomé un transporte hasta la vereda de La Plata para saludar a algunas de las familias y conocer los bebés que habían nacido recientemente. En la entrada del centro poblado me encontré por casualidad con Alba Lucia la promotora de salud y quiso acompañarme. Al llegar a casa de Doña Lucia ella no pudo reconocermme, las cataratas le habían nublado la visión en ambos ojos y pese a la recomendación del oftalmólogo que la atendió, con la crueldad que caracteriza un sistema de salud que privilegia el lucro privado, la cirugía le fue negada. Ante la sobrecogedora escena no tuve otra cosa que decir “soy yo, Vanesa”, “la muchacha que hace las entrevistas” añadió la promotora, a lo que Doña Lucia replicó “ay mi tesoro, ¿entrevistas? ¿cuáles entrevistas? si ella y yo conversamos lo más de bueno”. Conversar, de eso se trataba mi interacción con ellas, de una conversación como la entiende Haber (2011), un flujo de agenciamientos intersubjetivos que crean y redescubren subjetividades, yo no estaba allí en “calidad de hablante, sino de ser o, mejor, de estarme siendo” (pág. 24). Se trataba de una forma no disciplinada de comunicarme en el que todo mi ser estaba implicado y se transformaba en esa comunicación (Figari, 2011c). Ser en la relación con la otra diluía la separación sujeto – objeto o sujeto investigador- sujeto investigado, diluía la posición dominante en la que alguna vez me había situado (Figari, 2011b).

Desde un reposicionamiento como investigadora retomé mis intereses en el cuidado durante la gestación, parto y puerperio y ahí empezó el segundo proceso. Me dediqué a entender sus experiencias, no desde la mirada que clasifica los conocimientos “otros” y los compara con la “verdad” de la ciencia, permaneciendo ignorante e ingenua ante éstos, sino escuchando de las mujeres su verdad en tanto verdad, no simplemente en tanto relato (Haber 2011). Esta nueva perspectiva hizo posible que ellas me compartieran las lógicas maravillosas desde las cuales entienden su cuerpo y que yo tuviera la disposición necesaria para escucharlas.

La maternidad de frío y calores

El cuerpo femenino en este lugar tiene una estrecha relación con el medio ambiente que se expresa en el susceptible equilibrio entre *lo frío* y *lo caliente* como dos conceptos que trascienden la temperatura. Este equilibrio parece adquirir una importancia destacada en la etiología de las enfermedades en poblaciones agricultoras, en donde la influencia del clima en las cosechas compromete directamente el sustento y la vida de la comunidad (Motte-Florac 2008). En todos los procesos asociados a la reproducción, *lo frío* es la causa del mal; la esterilidad, los dolores durante la gestación, el aborto, la descompensación de la madre después de parir y la mayoría de los malestares del recién nacido están asociados con cuerpos *fríos*, que perdieron calor o que no se están calentando lo suficiente, sin embargo, el exceso de calor también es perjudicial, particularmente en el embarazo, pues con el abuso de alimentos o plantas *calientes* el feto podría quemarse. Aunque estas nociones se materializan en elementos como las corrientes de aire, la lluvia o los días de baja la temperatura para *lo frío* y los rayos del sol para *lo caliente*, son realmente una propiedad de algunas cosas y algunos fenómenos, como los alimentos, las plantas, los astros, las fases de la luna, los eclipses, etc.

Desde el momento en que una mujer inicia su gestación todos estos elementos son recordados permanentemente por la madre, la abuela, la tía,

las amigas y vecinas. En varias ocasiones tuve la oportunidad de asistir a encuentros informales de mujeres en los que se compartían recetas, consejos o explicaciones para su cuidado y el de sus hijos, no como en una feria de intercambio de objetos estáticos, sino como una reconstrucción continua y colectiva del mundo social y cultural de la maternidad a través de la palabra.

Las mujeres gestantes y aquellas que se encuentran en los cuarenta días después del nacimiento, deben consumir alimentos *calientes* como gallina o cominos, y evitar los alimentos *fríos* como pollo o yuca, abrigarse bien, cubrirse la nariz con una bufanda y los orificios de las orejas, no salir en luna llena o eclipse de luna y usar plantas *calientes*. Como aporte a este equilibrio, los baños y las bebidas juegan un papel fundamental. Los baños consisten en infusiones de ramas *calientes* como brevo, arracacha, limoncillo, hojas de naranjo agrio, ciruelo y guanábano con las que la mujer encinta se baña nueve días antes de la fecha que el médico estima para su parto. Se hacen en la noche antes de dormir y el agua debe limpiar el cuerpo de abajo hacia arriba hasta la cintura. Tienen como finalidad facilitar el momento del parto y limpiar el feto.

De manera similar a la interpretación que hace Chávez en la sierra de Piurá, Perú, el embarazo se considera una pérdida de calor a raíz de la formación del feto, quien sustrae energía y calor de la madre, por esto es necesario un suministro constante de calor. En Mucuchies, Venezuela, Rojas Trejos (2000) lo describe como un periodo de equilibrio precario en el que la mujer está en un proceso de cocción, cocinando una vida, motivo por el cual necesita calor constante y protección contra los *fríos*. De este equilibrio sobre lo *frío* y lo *caliente* también han hablado varios autores en centro américa y los andes. No está entre los intereses de este trabajo establecer una genealogía de las prácticas y conocimientos sobre el embarazo y el puerperio a lo largo del territorio latinoamericano, pero es ineludible insinuar un universo cultural interconectado que desborda en mucho el lugar concreto del que aquí nos ocupamos.

El puerperio, mejor conocido como *dieta*, son los cuarenta días que transcurren después del parto, es un tiempo de restitución biológica y social en el que la mujer y su familia retoman el control sobre el cuidado e inicia una recuperación circunscrita, exclusivamente, al espacio doméstico. Una vez la madre llega del hospital el/a bebé es recibido/a por la abuela, materna o paterna, dependiendo de la residencia de la madre, si vive con o cerca de sus padres o sus suegros, y es ella quien se encarga de bañarlo. Los baños pueden hacerse el mismo día del nacimiento, excepto si los niños nacen *fríos*, caso en el cual es necesario esperar hasta el día siguiente. Los bebés *fríos* generalmente son aquellos que nacen antes del tiempo estimado para el parto y están débiles.

En la semana que transcurre posterior al nacimiento una mujer, diferente a la madre, debe sacar al bebé vestido, pero sin manta, en una noche despejada. El viento fresco le permitirá irse adaptando al ambiente y prepararse para la interacción con quienes acudan a conocerle. De no realizar esta primera inmersión en el mundo exterior, de no darle esta pequeña dosis de *frío*, el bebé puede sufrir cólicos y diarrea.

Durante la *dieta*, buena parte de las atenciones van dirigidas a proteger a la mujer de los *fríos*, vientos o aires que podrían amenazar el restablecimiento del equilibrio térmico. Por ello, la mujer debe permanecer encerrada y en reposo con su hijo durante los cuarenta días. Algunas asumen un aislamiento absoluto, otras salen esporádicamente en la mañana o las primeras horas de la tarde, siempre muy abrigadas, independientemente del estado del tiempo, y en compañía de una familiar o de su pareja. Durante este periodo se le practican sahumeros y limpiezas con plantas aromáticas de naturaleza *caliente*, destinados a expulsar el *frío* y las impurezas del cuerpo (Rojas Trejos 2000).

El último de los cuarenta días, el día que se “cumple” la dieta, es definitivo en la reincorporación de la madre al entorno, el cuerpo se purifica y son elimi-

nados todos los *fríos* que pudiesen haber entrado desde el embarazo hasta ese momento. En la tarde se prepara un chocolate espeso en agua de panela con canela que se bebe bajo las cobijas, inmediatamente después de salir del fogón para inhalar el vapor que emana. En la noche se realiza un sahumero de ramas *calientes*, entre ellas canela y eucalipto, que se consigue en tiendas de plantas medicinales. Al finalizar se cubre todo el cuerpo, incluyendo los orificios de las orejas hasta el día siguiente que es el último día de encierro. De no cumplir con estos cuidados la mujer puede ser víctima de dolores de cabeza, dolores en el cuerpo, asma, e incluso locura, que irán apareciendo a lo largo de su vida, y la única posibilidad de alivio es un nuevo embarazo en el que la dieta sea debidamente cuidada.

Yo la cuidaba [a mi hija], la cuidaba de que no se le entraran los vientos, de que se entrara temprano, que no se serenara, que no recibiera la luna, ni los vientos de agua. Los vientos así de agua disque eso es malo, uno coge unos dolores y eso no son capaces de cogerle los médicos, eso es como una neuralgia que le da a uno, como un viento que se le arrejunta a uno en la carne y los médicos no conocen eso así vaya uno con los dolores, no los curan porque esos es como un viento. Mi papá decía que si uno se desmandaba con una dieta, eso no lo curan los médicos así se tome uno radiografías porque esos son vientos de dieta. Papá decía que pa' curarse tiene que tener otro hijo y cuidarse uno bien cuidado [...]. Ya cuando vaya a cumplir hacerse uno un sahumero. Se hace unos baños calientes, unas vaporaciones calientes, ojalá entre las cobijas y se tapa uno se abriga bien, está toda esa noche y al otro día también. Se lo hace, se cuida toda la noche y al otro día también se cuida. Eso es como vaporaciones con ramas calientes. Le hacen a uno chocolates cocinados con canela, un chocolate de ese espeso y se lo destapan a uno debajo de las cobijas, uno recibe todo ese vapor. Cuando uno recibe ya todo ese calor se toma el chocolate después de hacerse los baños. Y con ese chocolate uno recibe esos vapores y uno suda para sacar todo el frío. Y al otro día bregar a no ventarse pa' que le obre bien, ponerse un saco, medias, ponerse algodones en los oídos aunque estuviera haciendo calor. Eso se lo hace uno el día que vaya a cumplir pa' que si de pronto cogió un frío lo saca en ese sudor y uno se hacía eso y se lo hice a la hija también con los 5. (Doña Julia, 2011)

Esta manera de cuidar y sanar ha sido para mi una revelación de saberes no hegemónicos que persisten pese a los esfuerzos de normalización de los programas de salud pública y que coexisten con la información que la mujeres reciben de la biomedicina en cada control prenatal y en la visita de las enfermeras, incluso de las promotoras de salud que son personas más cercanas a la comunidad. A diferencia de mi suposición inicial, estos saberes y estas "prácticas de cuidado" no se fortalecen por las carencias de la atención institucional, son estructurantes de las miradas sobre el cuerpo y la vida, no supletorias del saber oficial.

El discurso de la biomedicina y la salud pública reproduce una diferencia colonial que clasifica discursos "otros" sobre el cuerpo marcando su diferencia e inferioridad, opera en esta clasificación tanto el pensamiento abismal moderno (de Sousa Santos 2009) de la biomedicina en cuanto al conocimiento, como una segregación de género que niega e invisibiliza las experiencias de las mujeres. Hay una jerarquización de los espacios en los que operan los discursos

(el pueblo frente al campo, el consultorio médico frente a la casa de doña María que hace los sahumerios) y una jerarquización cronológica de éstos, lo que Mignolo llama “negación de la contemporaneidad” (Mignolo 2003), que genera la ilusión absurda de que la mujer que sigue una dieta *caliente* se ubica en un tiempo anterior al médico que le atiende en el control prenatal.

Pero a pesar de la insistencia de las estrategias de colonización sobre los saberes y los cuerpos de las mujeres, la lógica del equilibrio entre lo *frío* y lo *caliente* no sólo aporta criterios de bienestar y enfermedad relevantes para las mujeres campesinas, sino que estos saberes “otros” que ponen al cuerpo en relación directa con el medio ambiente y que apelan a las propiedades de las plantas, los alimentos y los elementos del universo para sanar, también permean el ejercicio de la biomedicina.

Aún cuando ésta se esfuerza en separar la verdad de la creencia, otorgándose el privilegio de la primera, tiene lugar en una comunidad en la que coexisten otras lógicas sobre la vida y funciona a través de integrantes de la misma. El personal de salud ocupa también los roles de madre, hijo, tía, vecina y como tales se involucran en esas redes de conocimientos “otros”. Las infusiones, los ungüentos, los brebajes rondan sutilmente las consultas médicas, las salas de espera y los pasillos del hospital. Médicas/os y enfermeras aconsejan confidencialmente a sus pacientes estos remedios de los que se enteran en espacios extra-hospitalarios o incluso le son referidos por pacientes en sus consultorios. Paradójicamente, una consulta médica, el espacio más institucionalizado del saber hegemónico sobre el cuerpo, puede llegar a convertirse en difusora de estos saberes no ilustrados de los que tanto busca diferenciarse la medicina occidental.

Considero que una apuesta por otorgar legitimidad a los universos cognitivos y corporales de las mujeres campesinas debe partir de una mirada desde lo cotidiano, de los encuentros y desencuentros entre los distintos saberes que establecen valores y representaciones. Una mirada guiada por aquellas a quienes nos acercamos para co-construir versiones del mundo y que abra el espacio de un diálogo horizontal con los discursos de la salud pública bajo el reconocimiento de la pluralidad de saberes que configuran modos de entender el bienestar, la enfermedad y la vida, un diálogo en el que lo *frío* y lo *caliente* sea una perspectiva legítima para pensar en la salud materna.

Los dos procesos que he mencionado, reconocer el lugar desde el que ellas y yo, nosotras, nos relacionamos y abrir mi mente a estos saberes “otros” sobre la maternidad reestructuraron por completo los alcances de la investigación, una investigación que partió de un saber colonial/colonizador, la salud pública, y tomó luego una postura crítica frente a ésta en tanto acepta la posibilidad de transformarse en las relaciones intersubjetivas y reconoce la existencia de una pluralidad de conocimientos en salud que coexisten con el saber biomédico en una relación de transformaciones mutuas.

Bibliografía

- Bonder, Gloria 1998 “Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente” en Montecino, Sonia y Obach, Alexandra *Género y epistemología: mujeres y disciplinas* (Santiago de Chile: Universidad de Chile).
- De Sousa Santos, Boaventura 2009 “Más allá del pensamiento abismal: de las líneas globales a una ecología de saberes” en De Sousa Santos, Boaventura *Epistemología del sur* (Mexico: CLACSO/Siglo XXI).

- Figari, C. 2011a. Módulo 3: "Conocimiento situado". Curso: epistemologías críticas y metodología de la investigación: tópicos teóricos y prácticos. CLACSO.
- Figari, C. 2011b. Módulo 4: "Sujeto objeto y dominación: puntos de partida para entender la ciencia". Curso: epistemologías críticas y metodología de la investigación: tópicos teóricos y prácticos. CLACSO.
- Figari, C. 2011c. Módulo 7: "Métodos y técnicas en revisión: estar con otro". Curso: epistemologías críticas y metodologías de la investigación: tópicos teóricos y prácticos. CLACSO.
- Haber, Alejandro 2011 "Nometodología Payanesa: Notas de Metodología Indisciplinada" *Revista Chilena de Antropología* (Santiago de Chile) N° 23.
- Haraway, Donna 1991 *Ciencia, cyborg y mujeres* (Barcelona: Cátedra) .
- Harding, Sandra 1987 *Feminism and Methodology* (Indianapolis: Indiana University Press).
- Latour, Bruno 2001 "La referencia circulante, muestreo de tierra en la selva amazónica" en Latour, Bruno *La esperanza de pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. (Barcelona: Gedisa)
- Mignolo, Walter 2003 *Historias locales/ diseños globales. Colonialidad, pensamientos subalternos y pensamiento fronterizo* (Madrid: Akal)
- Motte-Florac, Elisabeth 2008 "Santos, humores y tiempo: el clima y la salud entre los purépechas de la sierra tarasca (Michoacán)" en Lammel, Annamaria; Goloubinoff, Marina y Katz, Esther (Coord) *Aires y llovias. Antropología del clima en México* (México: CEMCA-CIESAS-IRD).
- Rojas Trejos, Belkis 2000 "Cuerpos tiernos y abiertos. Embarazo y parto entre las mujeres campesinas de Mucuchies" *Boletín Antropológico* (Mérida) N° 49.

